



Regreso sin retorno

Enrique Medina Fernández

Mi temblor es producto de la emoción, puede que del miedo, no lo sé. Diez años son muchos, una verdadera eternidad, sobre todo cuando los vives encerrado en un penal, rumiando la impotencia de estar pagando la pena de otra persona.

“Mañana saldrá en libertad. Han detenido al verdadero asesino. El estado le pide disculpas por el error, e intentará compensar en la medida de lo posible el tiempo que ha permanecido aquí”.

Aún resuenan en mi mente esas palabras, el pasaporte para la libertad, el regreso a una vida cercenada para siempre, pronunciadas por un frío y aséptico funcionario, que se limita a cumplir con su deber, sin ni siquiera intentar comprender los sentimientos de unas personas a las que mira desde su privilegiada atalaya.

Estupefacto sólo acerté a decir:

—¡A buenas horas! ¡Y ahora, qué!

Es sábado, el transparente sol de noviembre invita al paseo que termina con las cañas y el aperitivo. Alrededor del Mercado de Usera, el traiego de personas es incesante. Una inmensa

mayoría de las personas que acceden o salen de él son mayores. Personas nacidas aquí, en la segunda o tercera década del siglo pasado. En este barrio ha transcurrido su vida, sus alegrías, sus tristezas.

Salgo del ensimismamiento al escuchar los gritos de los comerciantes ambulantes, que exponen sus mercancías en pequeñas cajas de cartón a las puertas del mercado.

—¡Agua! ¡Los pitufos!

A lo lejos diviso a una pareja de municipales que acuden a paso no muy ligero, con afán más disuasorio que intimidatorio. En unos segundos desaparecen todos los ambulantes.

En la puerta principal del mercado comenzó hace diez años mi calvario. Es imposible olvidar aquel momento.

Todo sucedió en un tórrido sábado de julio. Salía de comprar un poco de marisco del puesto de Benito, con Isabel, mi novia desde los quince años, y con la que me casaba el sábado siguiente, cuando tres individuos me rodearon, me esposaron sin apenas pronunciar palabra y, sin ninguna consideración y tras algún golpe en la espalda, me introdujeron en el vehículo camuflado.

El sábado de la boda estaba ante un juez, pero en circunstancias muy diferentes a las que proyecté. En lugar de casarme con Isabel, me casaron con la injusticia, con la humillación, con la degradación. Desde ese día, y durante mucho tiempo, odié a la humanidad con todas mis fuerzas, perdí la condición de persona, y deseé convertirme en el más sangriento de los animales, para destrozarse sin piedad a toda persona que tuviera la más mínima relación con mi calvario.

Por fortuna, el tiempo ha borrado esa enfermiza inquina, pero aún tengo fases en las que pierdo los nervios sin motivo aparente. Espero recobrar mi carácter sereno, apacible, alegre.

El pánico se apodera de mí. Creo que todas las personas que entran y salen del mercado me miran fijamente. Estoy paralizado, no puedo moverme, un repentino sudor frío baña mi frente, cala mis huesos. Mi estabilidad es mínima, y la

oportuna presencia de un banco evita que pierda el equilibrio.

Logro recuperarme un poco, lo suficiente para caminar con normalidad. Mi mente aún no supera el choque de volver a mi vida, a un barrio al que vuelvo por el egoísmo de tener un techo donde cobijarme. No me queda nada en este barrio, mis padres murieron carcomidos por mi situación, mi novia está casada con Ricardo, uno de mis amigos de la adolescencia.

Se casaron hace cinco años y es otro factor que no supero. Puede que sea retorcido, o quizás considero que es el único nexo que guardo con Isabel, porque una de mis escasas pertenencias es el recorte del periódico donde se reflejaba su unión.

“Ayer se celebró, en la Iglesia de la Pilarica, el enlace entre nuestra compañera Isabel Marquina y el concejal del distrito de Usera, Ricardo Matalán”.

El reportaje se completaba con dos fotografías en las que Isabel, aparentemente, estaba radiante, bellísima. Aunque yo sé que no era tan feliz como aparentaba. La conocía muy bien y percibí un ligero rictus de amargura, que sólo asomaba a su rostro cuando no estaba contenta, cuando algo se le complicaba. Ese día quería que Ricardo fuera yo, y maldecía el infausto sábado en el que nuestras vidas dieron un inesperado y trágico vuelco.

La cara de Ricardo sí era de verdadera felicidad, tanta que por momentos parecía prepotencia, e incluso enviaba un mensaje que supe interpretar:

“Me llevo a tu chica mientras te pudres en la cárcel”.

Vago por el barrio, aún no me apetece ir a casa, no quiero ir, no tengo fuerza para regresar a un lugar donde ya no están mis padres —otro momento tremendo, humillante, por que en los dos óbitos, al dolor de su muerte, se sumó la negativa por parte de las autoridades penitenciarias a dejarme asistir a las exequias—. ¡Y todavía me dicen que intentarán compensarme en la medida de lo posible!

Me estremezco cuando oigo mi nombre. No puede ser. ¿Quién me ha reconocido? ¿Otra vez la policía? De nuevo oigo mi nombre, pero esta vez son personas al unísono. Dudo entre girarme o salir corriendo, pero no tengo elección, las voces están junto a mí. ¡No puede ser! ¡Mis padres e Isabel! A toda prisa ingiero una de las pastillas que debo tomar cuando las alucinaciones se burlan de mí. Tengo que reconocer que llevo dos días sin seguir el tratamiento que de momento tengo que mantener. Ha sido premeditado, en un desesperado intento de romper con el más mínimo detalle que tenga relación con el cautiverio. Es evidente que es pronto para dejarlo.

La pastilla ha surtido su efecto de bálsamo de fierabrás. Estoy sosegado, alegre. Decido entrar al bar Manchego, en el exterior del mercado, por la entrada de Amparo Usera.

Reconozco a los camareros, a los parroquianos, y por fortuna ellos a mí no. Al mirar el reloj, otra punzada me atraviesa el alma.

—¡Póngase el acusado en pie!

—Por el artículo... del Código Penal, concurriendo las circunstancias de... y de acuerdo a lo establecido en la ley, debo condenar y condeno a Luis Izquierdo González a treinta años de prisión. Regreso a la realidad, e intento distraerme observando por la cristalera el continuo devenir de personas hacia la boca del metro.

Paso al interior del mercado. Me sorprende ver que dispone de escaleras automáticas de accesos para discapacitados, e incluso de ascensor. Estoy en la planta de arriba, frente a la pescadería de Benito, y esta vez los recuerdos que afloran son agradables.

Acababa de cumplir quince años y acompañé a mi madre para hacer la compra. Mientras Benito preparaba el pescado me giré, allí estabas tú, en la frutería de Adela, con tu hermana pequeña de la mano, repasando la nota que traías para ese día. El tiempo se paró, tan sólo un coscorrón de mi madre me devolvió a la realidad.

—¡Vamos, que siempre estás en las musarañas!

A la semana siguiente acompañé de nuevo a mi progenitora. Mientras llegaba nuestro turno en

la charcutería de Gabriel, te vi pasar. Llevabas un delantal blanco, que realzaba tu belleza. Supuse que trabajabas en el mercado, y decidí saber dónde. Me escapé un momento con la excusa de ir al baño. Estabas en la tienda de variantes, sin delantal, y dando un beso a tu madre, porque te marchabas.

En esa época, mi familia no salía de su asombro por mi empeño en ir siempre al mercado.

El presente me golpea de nuevo, sigo recorriendo la planta alta, y observo con sorpresa que un supermercado Dia ocupa una parte importante del espacio que antaño ocupaban diversos puestos: casquería, pescadería, frutería, etc.

Me traslado a la planta de abajo, y mi primera imagen es la frutería de los Hermanos Mesas. ¡Qué curiosa es la vida! El mercado, tras su renovación, está flamante. Al contrario que las personas de los puestos, a los que estos diez años sí se les nota. A ellos, y a mí. No me extraña que nadie me reconozca, ni siquiera la madre de Isabel, que sigue allí, en su puesto de variantes.

Dos comerciantes, con un periódico en la mano, comentan una noticia.

—¿Has visto?.

—¡El novio de Isabel! El muchacho que venía los sábados a ayudarlas.

—Pobre. ¡Diez años en la cárcel sin haber hecho nada!

—No sé si volverá por aquí, pero como se entere que se ha casado con el concejal...

En este preciso momento tengo la oportunidad de hacerme visible, pero no soy capaz de reaccionar, las palabras se esconden tras las cavernas que tengo en mi dañada mente. Puede que sea una forma de autodefensa. Tras un ímprobo esfuerzo, mi organismo se libera, y vuelve a su ser. El primer impulso es decirles:

—Soy el novio de Isabel.

Reflexiono, y prefiero no decir nada. No es el lugar adecuado para “aparecer”, junto al puesto de la que pudo ser mi suegra. Por respeto a Isabel no puedo decir nada. No es correcto entrar sin avisar en la vida de los demás.

Ya pensaré si la llamo. No lo sé. No quiero hacer

daño, remover los fantasmas del pasado. Me sorprende la prudencia con que acabo de actuar. Por primera vez, en diez años, no siento odio, no quiero vomitar mi dolor sobre otro ser humano. Salgo al exterior del mercado, y noto una placentera sensación de paz interior. Mi corazón flota en un enorme y sereno mar interior, transportado en una nube de algodón que acaricia suavemente mi cuerpo. He salido por la puerta de Andrés Arteaga. Allí continúa la papelería As. ¡Cuántas veces fui a comprar lapiceros, borradores, pinturas! Recuerdo perfectamente a las dueñas, una madre y sus dos hijas, altas, altísimas. Su amabilidad, la confianza en los clientes. Yo nunca llevé dinero, simplemente decía:

–Se lo paga mi madre.

¡Qué mala suerte tuvo aquella familia! Antes de lo “mío”, una de las hijas murió prematuramente de un traicionero cáncer, y creo recordar que la otra estaba recibiendo tratamiento por algo parecido.

Decido rodear todo el mercado, intento expresar mi mente, para que expulse hacia el exterior algún bonito recuerdo. Al pasar por la trasera, por el trozo de calle que comunica Andrés Arteaga y Amparo Usera, observo que tiene un aparcamiento para clientes, y me da mucha pena ver que ya no está el ti vivo.

Un año después

Intento que mi vida recupere la normalidad. No es fácil. Pese al tiempo transcurrido desde mi regreso, tengo muchas cosas pendientes, algunas por timidez –mejor llamarlo miedo, para qué engañarme–, otras por circunstancias ajenas, y otras por desidia.

Trabajo y resido en Toledo. Sólo paso en Usera los fines de semana. Mi amigo Ernesto me ofreció el puesto de redactor jefe.

–Aceptalo. No te lo ofrezco por amistad. Es devolverte lo que nunca debiste perder.

Tengo tatuado en lo más profundo de mi corazón este gesto, pero muy a pesar decidí no aceptarlo. Ernesto no lo entendía.

–Hay compañeros que vuelven la cara al verme, además–

–Ya sé, también está Isabel. ¿Y qué? ¡Al diablo todo el mundo! ¡Tienes que ir con la cabeza alta! ¡Sólo faltaba que te volvieran a condenar una panda de mequetrefes! ¡Está en el debe de la justicia, no en el tuyo! Para evitarte incomodidades, te mando con tu puesto a deportes. No tendrás que ir al ayuntamiento y encontrarte con Ricardo, ni pasar por la redacción de local. De esta manera evitas a los dos.

Finalmente accedí a regresar al periódico, pero en la delegación de Toledo. Trabajo quince horas diarias, para agotarme y no regresar jamás al pasado. Sólo mantengo de aquellos años la rutina de todos los sábados, hacer la compra semanal en el mercado de Usera. Acudo a los mismos puestos, a la pescadería de Benito, a la frutería de los Mesas, a la charcutería de Gabriel, y como el carnicero ya no está, a uno que me ha recomendado una vecina, de las escasas colonas que arribaron con el barrio recién construido.

Al principio continué siendo anónimo. Hace seis meses le comenté al eterno pescadero quién era. Siento la mirada de pena de todos aquellos que me conocieron. Donde aún no me atrevo a ir es a los variantes, no quiero que la madre de Isabel vea mi tremendo envejecimiento y se lo cuente, aunque ya lo sabrá, algún redactor de Toledo, donde no fui bien recibido, se habrá encargado de correr el chisme.

Poco a poco me voy recuperando. Apenas tomo pastillas, voy cogiendo algún kilo, y mi cara comienza a tener el color de la libertad.

Colaboro con una ONG que forma a los reclusos en diversas tareas, y estoy ayudando a montar una revista de la cárcel.

El azar, el destino, no lo sé, ha decidido que me reencuentre con la persona que indirectamente me arruinó la vida. Uno de los colaboradores de la revista, Tochi, que trabajó de descargador en el mercado, es el convicto por la violación y el asesinato que me hicieron comerme.

La pregunta que llevo haciéndome tantos años,

acaba de ser respondida. El testigo que declaró en mi contra fue “el mono”, amigo de Tochi, y también descargador.

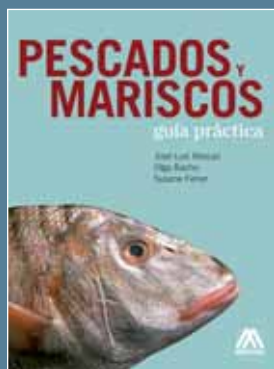
Ernesto me ha contado que al poco tiempo de mi regreso, Isabel y Ricardo se separaron, y que Ricardo ha pedido el traslado a Ginebra. El círculo se cierra. Ricardo intentó interponerse varias veces en nuestra relación. Tochi y él eran amigos.

Creo que es el punto final. No sé si mi versión será la correcta, pero no tengo elección, necesito una respuesta para olvidarme del pasado, y ya la tengo.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Usera, Madrid.**



Publicaciones
y estudios

Mercasa al servicio de la cadena alimentaria



www.mercasa.es